

der, de modo que cuantas veces quiso abordar históricamente el cristianismo fué batido por esa crítica racionalista que tanto odiaba, pues la historia de la formación de los Evangelios y de su desenvolvimiento, penetrada ya por la crítica religiosa, se volvía contra él, con la particularidad de que mientras quería Schleiermacher aumentar el crédito de los Evangelios, se esforzaba en desautorizar los demás libros sagrados, pues le parecía monstruoso que cuando Lutero había emancipado á los espíritus de la interpretación tradicional de la Biblia, fueran ahora víctimas y prisioneros de su letra.

Imposible, pues, le era, al gran cristiano, dar gusto á todos, y tan cierto es esto que de su enseñanza salieron tres escuelas radicalmente opuestas, con la particularidad, sin embargo, cada una de ellas, de pretender ser la verdadera representante del maestro.

Formaban la derecha de esa escuela los partidarios de su *Cristología*, de esa obra admirable sobre Jesús á quien se quería presentar como un hombre sin despojarle sin embargo de la esencia divina. El Centro lo formaban los que habían penetrado el verdadero sentido de su enseñanza. Para éstos la enseñanza religiosa había de ser diferente según las personas. La fe del carbonero, como decimos nosotros, no podía ser la fe de las personas ilustradas; así pretendían que éstas no habían de discutir la materia religiosa de los pobres de espíritu, á quienes se comunicaba la religión en la forma y modo que podían concebirla. Ese posibilismo religioso sentaba bien á los espíritus religiosos ya penetrados por el dardo de la duda, pero no á los que entendían que los dogmas cristianos habían de ser uno para todos, que la liturgia había de ser una para todos que es lo que creía Federico Guillermo III, cuando quiso conciliar las dos iglesias protestantes sometiéndolas á una sola liturgia que él compuso, como hubiera podido componer un reglamento para la escuela de caballería, con la particularidad, siguiendo el símil, de querer imponer á todos ese reglamento por decreto, pues de la misma manera decretó que en la sucesivo no se rezara en las iglesias oficiales sino de la manera como dejaba ordenado.

Schleiermacher cuando vió que esta liturgia hacía su camino, que de buena ó de mala gana el mundo oficial se sometía, se decidió á resistir comprometiendo su propia posición en la universidad, resultando ahora aquel hombre que daba principio á la tercera escuela.

Era esta escuela la radical, la que negando toda clase de sobrenaturalismo, fundaba la religión en el conocimiento puro de Dios por la razón, lo que

no podía tolerar Schleiermacher que no quería un Dios holgazán, como decía Goethe, sino un Dios activo, creador, todo Providencia. Estos eran los que querían de verdad conciliar la filosofía con la religión y Marheinecke se encargó de demostrarles como era posible esa conciliación.

Vino, pues, la religión á chocar con la filosofía, ó sea á chocar Schleiermacher con Hegel, con Hegel que había llegado al punto más elevado de su dictadura.

Hegel se sostenía y crecía porque en todas sus variaciones se encargó de demostrar con cuánta razón había enseñado que no hay sistema filosófico que pueda ir más allá de su tiempo. Así él, hombre de la revolución, al ver como en ésta la filosofía tomaba la presidencia, se declaró contra Fichte y contra cuantos enseñaban que la filosofía tenía que huir de la vida práctica. Pero cuando Hegel vió caer sobre su patria el militarismo francés, cuando todo fueron ruinas y desgracias, huyendo su espíritu de aquella realidad desconsoladora, se encerró en sí mismo, y por medio de grandes generalizaciones procuró señalar la marcha segura de la idea por medio de lo contingente.

Mas llegan los días de la guerra de la independencia y de la restauración de Alemania, y con esta restauración la necesidad de levantar un nuevo edificio político-social que ha de ser la obra de la filosofía, y ya de nuevo puesto sobre el terreno de la práctica declara Hegel que el resultado inmediato, positivo y beneficioso de la guerra de la independencia, era el de permitir que con la libertad de Alemania pudiera el pueblo alemán consagrarse de nuevo al estudio de la filosofía. Esto dijo al inaugurar su curso en 1816 en Heidelberg.

Pero ahora su filosofía práctica no era la de los días de la Revolución. Hegel convertido en gran maestro de la filosofía, era catedrático de la Universidad de Berlín, de la capital del estado de la inteligencia, como decía en 1818, ahora trataba sólo de justificar lo existente por la filosofía. El que había dicho que no había sistema filosófico que pudiera ir más allá de su tiempo, satisfecho en sus aspiraciones no veía más allá de lo que se las satisfacía. Este es el período de las conferencias y tratados de Karlsbad y de Viena, así á este período corresponde su *Filosofía del derecho*, de modo que en los mismos días en que el Estado prusiano encontraba en Hegel el filósofo de su política, Humboldt se separaba de él para siempre.

Hegel, pues, cuando cayó sobre Schleiermacher no se presentó como el representante de la escuela

liberal, sino con la pretensión que el creyó realizada de aliar la fe con la razón. Todos los dogmas del cristianismo fueron por el resucitados y defendidos incluso el de la Trinidad que Schleiermacher arrinconaba por la dificultad de explicar las tres personas.

Sin embargo como no se puede echar vino nuevo en odres viejos, Hegel introduciendo en la cuestión religiosa el espíritu filosófico hacía estallar lo mismo que quería conservar y llenar, pues estableciendo el cristianismo en la serie histórica de las religiones, esto es, en el punto histórico de su aparición, como resultado indispensable del progreso del espíritu humano, quitaba á la religión su carácter divino por más que no se lo negase á su fundador. De aquí que ni los ortodoxos ni los racionalistas estuvieran contentos, y que este descontento estallara en la misma escuela de Hegel en donde en realidad no habían los que ahora aprendían por primera vez que la filosofía había de servir para demostrar los dogmas de la teología.

Lo mismo sucede en el campo de la política. Hegel puede pasar por el gran campeón del Constitucionalismo y nadie mejor que él demostró las excelencias de la monarquía constitucional; pero cuando de las regiones de la idea venía á la práctica, encontraba tantas reservas y restricciones que hacer á la teoría, que los conservadores de todos los países pudieron llamarse discípulos de Hegel, quien lo mismo sobre la composición de las Cámaras, que sobre la composición del jurado encontraba razón para entregarlo todo al despotismo de la corona, cuyo poder no quería debilitar por su esencia divina, así se dijo que su filosofía del derecho era la filosofía del Estado prusiano.

Sostenía Hegel su doctrina oponiéndose á todos con su concepción del Estado existiendo por sí mismo, es decir, como el resultado de las necesidades y aspiraciones del hombre siempre crecientes y progresivas. Así era un enemigo tan acérrimo del absolutismo como de la democracia, del primero porque lo establecía todo en favor de una persona y de una institución, de la segunda por su espíritu puramente especulativo, reñido con la realidad histórica.

Y sin embargo la escuela histórica estaba reñida con él. Savigny fué siempre su adversario, porque si bien Hegel demostraba como el Estado nace y se forma y se perpetua y continúa como resultado de sus organismos interiores, Hegel filósofo, impulsaba las variaciones de su estado histórico con su introducción en el mismo del espíritu filosófico, de la

razón de ser y de la variabilidad de las cosas, lo cual no podía admitir ni puede admitir la escuela histórica, que ve en eso la mano funesta del liberalismo alterando las formas históricas en virtud de ideas sin realidad objetiva hasta entonces, ó en la historia.

Niebuhr y Savigny son los dos grandes representantes de la escuela histórica: el primero como historiador, el segundo, como historiador del derecho, elevando á razón absoluta la tradición y el particularismo, inauguraban la ciencia política de los puros doctrinarios, no de los reaccionarios ú absolutistas, pues la escuela histórica resucitando las costumbres políticas de la Edad media, los municipios con sus libertades ó privilegios, resultaban tremendos adversarios del despotismo en todas sus manifestaciones y clases, importándoles poco que éste se ejerciera por el rey ó por el pueblo, cuyos extravíos posibles enseñaban á contener por la ponderación de sus fuerzas.

En cambio su espíritu tradicionalista renueva instituciones incompatibles con el espíritu de la época, y en el campo del derecho resultaba tan reaccionario que declaraba inamovible é irreformable el derecho regional, consuetudinario ó no, como si en nuestros tiempos no se formara como en los pasados el derecho, esto es, como si ya se hubiese dicho para siempre la última palabra lo mismo sobre el derecho político que el civil.

Mas como esa escuela veía como el despotismo monárquico se había ido organizando mediante la supresión de las antiguas garantías que las libertades públicas encontraban en los parlamentos, cortes, asambleas, en las milicias municipales y en las libertades ó autonomía de los municipios, resultaban todos convencidos constitucionales, incluso el mismo Niebuhr á quien le impidió por mucho tiempo ver claro su odio por la revolución, inspirado y alimentado en el seno de su propia familia y de sus relaciones, pues antes de morir declaró en vista del despotismo monárquico de sus días, que hubiera sido revolucionario de haberlo como entonces comprendido en los días de la revolución.

Formóse al lado de la escuela histórica una nueva escuela, la quinta facultad, como la llaman en Alemania, la facultad de la lingüística que al adquirir carácter independiente dió á la escuela histórica un rudo golpe.

Creyése en un principio y Humboldt mismo opinó de esta suerte, que la lingüística no era más que una ciencia auxiliar de la historia. Pero poco á poco á medida que las lenguas se iban estudiando en su

intima estructura fué naciendo la filología en un principio naturalmente reducida á la filología clásica.

Aparecieron ya entonces las grandes obras que Berlín continúa hoy día. Boeckh salió el primero con su *Corpus Inscriptionum*,—1817,—dando á la filología tal suma de datos para los estudios históricos clásicos, que estos se sintieron renovados aún antes de que nadie pensase en acudir al *Corpus*, porque se vió desde luego como se iba á entrar en el conocimiento íntimo de las condiciones de vida de los pueblos antiguos independientemente de las obras de los historiadores.

Fué, pues, la filología la que renovó los estudios

clásicos, elevando la luz á todas las ramas de la ciencia histórica, presentándose entonces por primera vez un estudio de la mitología por Welcker, que fué para muchos una revelación, acostumbrados como estaban á considerar la religión greco-romana sólo por su lado novelesco.

Cualquiera que sea el valor de la *Simbólica* de Creuzer, lo cierto es que la aparición de este libro hizo tanta sensación como la obra de Schlegel, *Sobre la lengua y sabiduría de los indios*, pues una y otra demostraban las relaciones del mundo clásico con el mundo oriental. Schlegel fué el primero en señalar la superioridad de la lengua Sanscrita, de la lengua



La Victoria coronando al vencedor, de DRAKE

de la India sobre la lengua griega, presentándola como su madre, lo que ya queda fuera de duda con los estudios del danés Rask, arrebatado prematuramente á la ciencia y á la vida en 1832, quien mediante el estudio de las lenguas europeas y asiáticas se había preparado para hacer lo que luego hizo Bopp.

Humboldt tan pronto hubo abandonado el campo de la política buscando en la ciencia distracción á sus desengaños, fijóse en los estudios filológicos que se habían realizado, penetrando en ellos resueltamente convencido de su extraordinaria importancia. Humboldt extendió resueltamente su campo de acción fuera de las lenguas indo europeas. Quiso establecer la relación ó relaciones que pudieran haber dentro de varias familias de lenguas.

Vióse entonces ya que las lenguas americanas constituían su grupo aparte; que otro grupo lo formaban las lenguas malayas; que las lenguas mongólicas tenían también existencia independiente, que el vasco en Europa tampoco tenía conexión alguna con ninguna lengua conocida, resultando de este co-

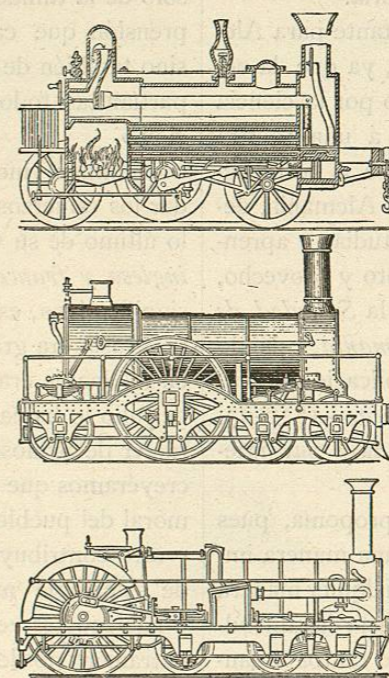
nocimiento de la pluralidad de lenguas una nueva rama de la ciencia filosófica, la filología paleontológica como se la ha llamado, ó sea la ciencia del lenguaje, esto es, la ciencia que estudia las palabras como sonido.

No fué esto todo, sino que como coincidió con este progreso filológico al descubrimiento maravilloso de las inscripciones geroglíficas, el de las inscripciones persas ó cuneiformes, ya nadie dudó de que no se acabase por leer las inscripciones de los otros pueblos asiáticos, de los asirios, babilónicos, etc., y esta convicción entonces formulada se ha cumplido ya en estos días.

En fin, todos estos estudios acabaron por tener maestros que los fundaron de una manera definitiva. Francisco Bopp fué el primero en escribir la gramática comparada de las lenguas indo-europeas,—1816,—mientras las lenguas semíticas tenían en De Sacy un arabista de primera fuerza, y en Ewald, el hebreo, un maestro peritísimo, en tanto Buchmann, penetraba los misterios de las lenguas americanas, y Jacobo Grimm restauraba las letras germánicas y

daba para la unión de todos sus pueblos, la demostración más palmaria que podía darse de su unidad, la unidad de su lengua.

La geografía universal como ciencia tenía también en Ritter un maestro. Hoy mismo su nombre sirve de etiqueta á obras que se cubren con su autoridad. Ritter fué el primero en estudiar de una manera científica la relación que media entre el hombre y el punto que ocupa en la superficie de la tierra, lo mismo sobre su físico que sobre su moral é inteligencia.



Locomotoras del año 1830

antes solo entrevisto en la Germania de Tácito.

Lengua, gramática, literatura, artes y costumbres de los antiguos germanos, todo renació con los estudios de los dos hermanos; quienes acabaron por reunir á su alrededor un gran grupo de entusiastas patriotas y sabios alemanes consagrados á restaurar el pasado de la patria. Cada rama de la filología alemana tuvo entonces su escuela, no exenta de exageraciones, y cómo no tenerlas cuando el mismo Jacobo Grimm no veía ya nada superior, ni nada comparable, con la literatura alemana? Lengua, literatura, religión, todo le parecía superior á Grimm. Al arte griego, al arte de un Homero, le oponía los poemas anónimos que recordaban la primitiva Germania, encantadores por su sencillez, pero no comparables con las obras inmortales del divino poeta griego.

De todos los grandes filólogos alemanes, los hermanos Jacobo y Guillermo Grimm son los predilectos del pueblo alemán, en particular Jacobo, el grande autor de la Gramática alemana, aun hoy no mejorada por nadie.

Claro está que es causa de esta idolatría la índole de los estudios de Grimm. Como lingüista, como filólogo, tiene muchos competidores en Alemania; pero solo él y sus discípulos, cuando la moda estaba por los estudios clásicos y orientales, se atrevieron á evocar el pasado entero del pueblo germánico,

Agréguese á esto que Grimm, á pesar de su particularismo, todo lo encaminaba al bien, á la prosperidad y á la gloria de la patria común, pues aun que ciudadano de la Baja Hesse y resuelto á serlo siempre, quería que todos los pueblos germánicos se reconocieran como uno y se juntaran como hermanos, y esto sostuvo lo mismo en sus días de sabio, de filólogo, que en sus días de patriota, de hombre político, cuando la revolución de 1848 parecía dispuesta á reconstituir esa patria alemana que Grimm había visto y encontrado el primero en su Gramática.

La historiografía no se servía aun por ese tiempo de los grandes materiales que iban recogiendo la filología y la arqueología; la historia dudaba aun sobre el camino que debía tomar. Niebuhr y Müller, el primero con su *Historia romana*, el segundo

con *Los Dorios*, pusieron término á las antiguas leyendas que envolvía la historia primitiva de Roma y de Esparta; fueron en este sentido dos revolucionarios, pero ni á uno ni á otro se les ocurrió que la historia pudiera ser vista ni tratada con relación al tiempo presente.

Dalhman fué el primero que procuró convencer á sus contemporáneos que siendo la historia la ciencia que más íntimo enlace tiene con los hechos que se suceden en nuestros días, precisa que la experiencia humana que acumula, sea por ella defendida para provecho de los que hacen historia.

En este sentido, nada más importante para Alemania que una historia de Alemania, ya que la necesidad de esta obra se sentía tanto por la ciencia como por la política. Obedeciendo á una y otra preocupación, Stein procuró oponerse á la redacción anticipada de una historia de Alemania, demostrando cuánto había aun que estudiar y aprender para poder hacerla con lucimiento y provecho, constituyendo al efecto en Francfort la *Sociedad de amigos de la historia antigua de Alemania*, y dando á Pertz medios para empezar la publicación de sus *Monumentos de la historia germánica*,—1820-23,—cuya publicación continúa aun hoy sin interrupción.

Pero no logró Stein lo que se proponía, pues cuando una necesidad se siente de una manera imperiosa, ésta hay que cumplirla de cualquier manera que sea. Luden fué el primero en atacar las dificultades de la empresa,—1825,—cuando tantos y tantos se limitaban á escribir sobre la historia de una ciudad ó de un Estado alemán, ó sobre un período histórico.

De esta clase de obras la más sonada fué la *Historia de los Hohenstufen* por Raumer, pues recordando á Alemania esa época gloriosa de sus grandes energías y de su pujanza, se conmovió el espíritu público y renació el entusiasmo de los días de la guerra de la Independencia.

Hubiéranse retrasado los estudios históricos con Ranke empeñado en mantener la historia alejada de los intereses del día, pero su grande influencia, grande por sus talentos de literato, fué contrastada severamente por Scholoser quien al publicar su *Historia del siglo XVIII*, expuso con elocuencia las causas de la Revolución francesa, justificándola hasta el punto de presentarla como el agente de la purificación de la atmósfera política que en aquel entonces se respiraba.

Siguió á esta obra su *Historia del mundo antiguo* destinada á levantar el ánimo público abatido con

los grandes ejemplos de la antigüedad y á interesar al pueblo en los asuntos públicos.

Hoy podrá parecernos todo esto extraño, es decir, hoy extrañaremos que en todo esto haya motivo para hacer resaltar la gran trascendencia de los libros historiales de Schlosser, pero véase lo que dice Gervinius á este propósito: «En pocas líneas haremos comprender todo lo que su resolución tenía de grande, pues Schlosser al tomarla había de vencer ciertos obstáculos que le oponía la naturaleza misma de su espíritu, de modo que con ella triunfaba no sólo de la timidez política y de la dificultad de comprensión que caracterizan la naturaleza alemana, sino también de la miedosa pusilanimidad que compartían casi todos los que pertenecían á esta generación.»

Dulhman vino también con su autoridad á reanudar los esfuerzos de Schlosser escribiendo ya sobre lo último de su vida la *Historia de las revoluciones inglesa y francesa* en condiciones verdaderamente significativas, esto es, cuando el descrédito del rey de Prusia era grande, cuando el movimiento político en Alemania era ardiente, como que la Revolución de Julio lo había encendido, pero rebajaríamos el carácter de Schlosser lo mismo que el de Dulhman si creyéramos que uno y otro necesitaron ese apoyo moral del pueblo para emprender sus obras, no; uno y otro contribuyeron á levantar el espíritu político de Alemania mostrándole los grandes ejemplos, y haciéndoles ver que su odio por el conquistador extranjero no debía llegar hasta la Revolución que tan grandes bienes había producido.

Recuérdese que era en esta época cuando un hombre, cuya actividad y energía en los días de Julio de París, lanzaba en la patria misma de la Revolución su primera vindicación que los alemanes y entre ellos Gervinius hacen mal en calificar de muy superficial. No; el joven Thiers no se propuso escribir una obra fundamental sobre la Revolución francesa y esta obra ni en Francia ni en Alemania se ha publicado ni se publicará por ahora, pues cuando hay que defender la Revolución en la práctica contra los que aun quieren volver al antiguo régimen, las más justas censuras parecen traiciones, y las más necesarias condenaciones exigen reservas y distinguos si no se quiere que sirvan la causa contraria. Thiers al vindicar la Revolución, como Dalhman y Schlosser no se propuso más que despertar el espíritu político y llevar de nuevo á la lucha los hombres del partido liberal retraídos por los engaños y las desgracias de que habían sido víctimas.

Cierto, no se puede decir de Thiers lo que de

Schlosser dice Gervinius en estas líneas: «El libro de Schlosser era uno de los actos más independientes conocidos en los anales de la historiografía; vese en él al médico sentado á la cabecera del enfermo, dando con la mayor franqueza el diagnóstico histórico-político de su enfermo. En esta atmósfera pesada que oprimía todos los pechos, hizo Schlosser penetrar una corriente de aire puro que, por la primera vez, desde hacía mucho tiempo, iba á permitir que los pulmones respirasen con facilidad. No es

sino á partir de este momento cuando principia en una esfera más vasta de la sociedad alemana, á comprender y á juzgar las situaciones políticas de un momento dado con un espíritu realmente digno de la historia;» y esto no puede decirse de Thiers, porque si con Schlosser principia sólo á respirar Alemania el aire de la libertad, con Thiers se prepara en Francia el furioso vendabal que la libra para siempre de la torpe é innoble dinastía borbónica.



La Victoria.—Por RAUCH.—Munich

